



LA CANCIÓN POPULAR.

[El Cancionero Yucateco.—La canción en Tabasco.]

En los extensos dominios del *saber* y el *sentir* popular, hay una comarca deliciosa, limítrofe con la de los cantares, en que se rinde culto devoto a una Diosa, bella de toda belleza, que se llama la *Canción Popular*.

Desprecie quien quiera la canción, escribe un famoso musicógrafo,—el francés la ama.....

¡Oh! Nosotros también la amamos; y al decir *nosotros*, no sólo me refiero a mí, sino que asumo la colectividad de la familia mejicana, pues que para ella es la forma musical que mejor se adapta a sus hondos anhelos estéticos.

La canción entre nosotros ha llegado a ser una de las maneras de expresar nuestros estados de ánimo. Más aún: gracias a ella todos somos más o menos artistas.

Cuantas veces oigo una canción o un fragmento de ella; hasta un ligero diseño melódico de esos que se cantan a *sotto voce* en todas partes, creo descubrir la expresión artística de un sentimiento. Y no puede ser de otra manera: en ciertos momentos el espíritu busca inconscientemente una melodía que pueda dar forma a sus sentimientos, a sus estados de alma abstractos, aquéllos que la colocan en una faz emotiva (y esto acaece todos los días), que no puede formular con la palabra, y que necesita exteriorizar sin embargo, porque son fuerza dinámica de la vida psíquica y como dinamismo son inconcéntricos. Entonces apela a la bienamada canción.

Figuraos un artista *virtuoso* que interpreta una página maestra. Psicológicamente es el mismo caso.

Y por eso la canción es tan universal y tan poderosa. Pertenece a todos, porque todos tienen en ella la expansión de sus más ocultos pensamientos; aquéllos que no se exteriorizan con la palabra porque la palabra está incapacitada para expresarlos. Es la *forma ya hecha* que sirve como de vehículo para salir al exterior, al mundo indeciso de sensaciones, de emociones, de recuerdos, en que a menudo parece flotar el alma, y que al asirse a ella, la impregna de sus vibraciones y de su esencia, dándole a esa *forma ya hecha* otra *forma*, imperceptible para los más, pero no por eso menos efectiva, y que constituye el sello artístico personal; lo que en el tecnicismo musical se llama la interpretación.

No hablamos aquí de músicos propiamente dichos, sino de esa facultad inherente a la raza humana, de buscar en la canción o en la melodía popular, lo que el lenguaje fonético por sí mismo no puede proporcionarle: el medio de dar salida en un momento dado, a su alma sensible que ya no puede contenerse entre los límites de la materia.

No obstante, hagamos una reflexión.

Si sólo en los artistas músicos existiera la organización musical, la música no sería comprendida más que de los músicos; pero no es así porque no hay privilegios para nadie. Esto no tendría sentido.

Lo que constituye la materia prima de este arte, las fuentes de donde brotan las aguas purísimas de la inspiración musical, tienen su origen y principio en el alma y por consiguiente es una ley psicológica y como ley no puede ser patrimonio de unos cuantos.

Y entonces, por qué no todos somos músicos? se me objetará.

Porque no todos hemos desarrollado lo bastante esa actividad para serlo. Hemos menester de un mayor

grado evolutivo en la eternidad de los tiempos, para obtener tal victoria.

Un Mozart, un Beethoven, son seres bastantemente, gloriosamente evolucionados en este sentido, pero no han traído nada nuevo, nada que sea un don especial, sino que han tenido más tiempo o han dedicado más empeño en el cultivo de ese germen, de esa semilla de fecundidad que se oculta en todo ser humano. Son los que ya realizaron el dominio de ese lenguaje en que el alma se exterioriza por sonidos; que ya aprendieron a expresarse musicalmente y musicalmente vienen a hablarnos.

Ahora, la inmensa mayoría, la que ni aun balbucea ese lenguaje divino, poseyendo en el espíritu virtualmente las leyes que lo rigen, esas mismas leyes sin las cuales sería imposible de toda imposibilidad que lo comprendiera, en ciertos momentos siente la necesidad secreta de ocurrir a él, y ya que de su propio fondo no puede sacarlo, búscalo fuera, se lo asimila, y cumple así con las exigencias de su alma.

* * *

Si fuéramos a narrar la historia de la Canción Popular, veríamos en ella uno de los fenómenos más bellos e importantes en la historia del Arte. En una gran medida ha contribuido al desarrollo y engrandecimiento de la música, llevándola en su edad moderna hacia el triunfo definitivo.

Desde sus orígenes ha sido una purísima espontaneidad del alma. Quizá venga representando como el fondo mismo del alma musical.

Nació sin preceptos; sencilla y noble, romántica y caballeresca y por eso venció.

En ella cúmplase sin fanfarronada el lema de que en sus dominios jamás se pone el sol.

Venció al intransigente Carlo Magno, que llegó a

creer que fuera del Canto llano no había música más digna de los oídos de un hombre libre.

Venció a todos, venció al mundo, salvo aquellos pocos que en intransigencia han vencido al memoratísimo primer rey de Francia.

Los célebres románticos de la Edad Media que se llamaron trovadores, troveros y ministriles, viajaban por todas las ciudades de Europa como mensajeros del arte, deteniéndose por la época de cuaresma en que las voces del canto profano debían enmudecer, y entonces enseñaban canciones y estribillos a grandes damas y linajudos señores.

Entre aquellos artistas descuella una gran figura: la de Adam de la Halle, trovero de Arras, que en 1,285 echó los cimientos de la Opera Cómica francesa.

La llegada de un trovador a un palacio era la fiesta de la alegría y del amor; todos la celebraban con loas y libaciones, pues era la epifanía de un arte nuevo que narraba al corazón cosas hasta entonces desconocidas.

Todos acudían al rededor de aquellos grandes músicos poetas; en todas partes se organizaban peregrinaciones para venir a oírlos y aprender sus cantos y endechas. Ricardo Corazón de León, María de Francia, el Conde Teobaldo rey de Navarra, príncipes y reyes en suma, fascinados por sus seducciones, se contaron entre sus aliados. Fué una verdadera conquista.

Fundáronse escuelas trovadorescas en el norte de Francia, en Bélgica, por doquiera, y de este modo la canción logró ponerse frente a frente del canto llano y de la antigua música hierática, como lanzándoles un reto.

Penetró en los antiguos *misterios*, logró ganarse paulatinamente el drama sagrado de los cantos litúrgicos, y realizó en fin su triunfo más legítimo sentando sus reales en el arte expresivo que es el verdadero arte porque es el que habla el lenguaje del corazón.

Era el alma popular que ejercitaba sus derechos y por eso triunfó.

Los más famosos músicos de los siglos XV y XVI llamaron *canciones* a sus composiciones más notables; y en los primeros años del siglo XVII,—nos dice el autor citado, Mr. Lavoix hijo,—los músicos no son ni compositores religiosos ni profundos contrapuntistas, sino cancioneros de musa alegre y ligera.

Esa es la canción de nosotros; la de nuestro culto diario; la que por desconocidos caminos se desliza hasta nuestro sér interno y nos habla de otras almas. Esa es la querida confidente en quien depositamos nuestras culpas más secretas.

Por medio de la canción vaciamos nuestra alma; por ella somos sinceros. El amor, potencia augusta que confederá las almas, posee en ella su más eficaz y elocuente modo de expresión. Cuando los labios trémulos se resisten a pronunciar una sola palabra, la canción lo revela todo con indiscreción sublime.

Ningún sentimiento humano se le resiste: En nuestras horas felices o angustiosas; cuando evocamos nuestros recuerdos; cuando dirigimos nuestros anhelos hacia las lobregueses de lo porvenir; cuando nuestro yo flota como abandonado de todas las ideas, en una semiconciencia, entonces nuestros labios movidos por un dinamismo invisible murmuran la canción.

¿Acaso no será la organización o facultad musical, ese lenguaje el más misterioso del alma, que empieza a tartamudear sus primeras palabras?

Bien haya pues la canción y bien hayan los que han dedicado su facultad artística a cultivarla.

En Yucatán hemos tenido y aun tenemos compositores populares que han dado lustre a nuestras colecciones y que las prestigian y avaloran, pudiendo conocerse hasta por su retrato a algunos de ellos en el *Cancionero*, editado en la

Imprenta Gamboa Guzmán del excelso poeta mi bien querido amigo Luis Rosado Vega; obra tan importante cuanto nada o poco conocida del público yucateco y menos de otros públicos, y debida al plausible esfuerzo de un pequeño grupo de intelectuales bajo los auspicios de Rosado Vega. El arreglo de la parte musical quedó a cargo del artista don Filiberto Romero, otro buen amigo y compañero mío.

Quizá sea, si no la primera, una de las primeras que de su género se hayan publicado en Méjico, que a mí no me consta que se hubiese publicado alguna otra.

“No es más que un pequeño florilegio de canciones, [cantares dice equivocadamente], recogidas al azar aquí y acuyá, en dulces y memorables noches románticas de ensueños y serenatas, a la luz macilenta de la luna, en la calle desierta y melancólica y al pié de la ventana amada.... Pero todos esos cantares, (canciones), son del pueblo y del pueblo vienen.”

Así empieza el prólogo del *Cancionero*, y líneas adelante dice: “Quedan aquí impresos al pié de varias de esas canciones, nombres de personas para todos nosotros muy queridas. Algunas de ellas duermen ya el sueño del que jamás se despierta: Peon y Contreras. Hoil... Otros, Baqueiro (Chan-Cil), Pastrana, etc., pasan todavía como los troveros antiguos, diciendo en tiernas canciones las tristezas de la vida, sus aspiraciones y sus ensueños. Todos ellos, esos que ya han muerto y esos que viven todavía, supieron conquistar-se el amor y simpatía de los suyos, y acaso sus nombres aquí, sean la mejor salvaguardia de este libro...”

El libro por su substancia, es un importante y bello libro. No todo lo en él contenido es yucateco, que se han prohijado varias canciones extranjeras, pero así y todo, lo que de nosotros contiene, y que es lo que nos interesa sin que esto quiera decir que desdeñemos lo exótico o trashumante, a veces llega a muy subido valor, y ha-

ce de él un documento folklórico que nunca sabremos agradecer lo bastante a sus editores.

En lo material es uno de los mejores triunfos de la litografía yucateca, y no necesitamos abrirlo para convencernos, pues que su tapa anterior en que se ostenta un artístico retrato del simpático e inolvidable cancionista Chan-Cil tañendo la guitarra, es una buena muestra de ello.

Tabasco a su vez posee un número considerable de canciones, entre las que se hallan preciosas y exquisitas perlas que son adorno y gala de los joyeles de su Arte Lírico.

Quien desee conocerlas y no quiera esperar la oportunidad, frecuentísima por cierto, de una serenata en donde se cantan a dos voces con acompañamiento de guitarra, bástale con dirigir sus pasos, en las primeras horas de la noche, por los barrios de cualquier población tabasqueña, y muy especialmente por las de la región chontalpaneca.

Las madres dormeciendo a sus pequeñuelos que lactan de los ubérrimos pechos el néctar de vida; las doncellas que surcen, cosen o bordan a la luz del candil; la sirvienta que en la cocina friega y pone en orden sartenes y calderos, todos dulcifican sus pequeñas labores entonando alguna canción que llega a los oídos del paseante para detenerle en su marcha, (si sabe catar estas bellezas,) y escuchar atento y complacido.

Acaso entonces le toque en suerte oír por ejemplo, el dolorido canto.

*!Oh cuán triste es vivir, vivir amando
y sentir arder el corazón!*

o quizá,

*Si supieras cuánto te amo fresca rosa,
si supieras cuánto te amo flor divina,*

o bien el melancólico y tierno poemita.

*Acuérdate mi dueño
de aquel aciago instante
que el destino inconstante
de ti me separó.*

O ya la sencilla y noble melodía del soneto que empieza

*Si en el triste anhelar del alma mía
te pudiera expresar mi grande pena
verías el dolor que me condena,
a la más insufrible tiranía.*

Y entonces se quedará absorto y dulcemente conmovido, porque estas canciones son bellas de toda belleza, y entonadas por una voz femenina de suave timbre y desnudas de todo acompañamiento instrumental, parecen mostrar mejor sus encantos como la hermosa cortesana griega, que despojado su cuerpo de la avara vestimenta que lo cubría, arrobó la mirada absorta de los magistrados del Areópago.

Hace más de sesenta años, dos primos hermanos, el ingeniero don Romualdo Carrascosa y don Estevan Arrollave, naturales de Guatemala y radicados en Villahermosa desde hacía largo tiempo, ambos artistas y verdaderos intérpretes del alma popular, poeta el primero y tañedor de guitarra, flauta y dulzaina; y el segundo músico de fresca inspiración, produjeron varias canciones que cantaban a dúo y que dieron a conocer en las tertulias familiares de la sociedad villahermosina. No transcurrió mucho tiempo sin que los aficionados al género no se las apropiaran y empezaran a popularizarlas.

Hoy ya tienen arraigo en nuestro *Cancionero Regional*, haciendo buen juego con otras viejas canciones de las

más bellas que poseemos, y entre las cuales resalta la primera que he citado líneas arriba.

La última es de los autores guatemaltecos, que si bien extranjeros, muy tabasqueños fueron en el sentir y saber asimilarse nuestra psiquis popular.

Conocemos de ellos, además, *La Endecha*, cuyos primeros versos comienzan:

¡Oh tú, querido objeto
de mi pasión cautiva,
con tu poder y hechizo
al colmo me elevaste de la dicha!

Un vals en modo menor nombrado *Las lágrimas de Carrascosa*, y otra canción cuya segunda parte está concebida en estilo fugado y por lo cual los cantadores le llaman de *contrapunto*. Es una buena muestra de lo que Arrollave podía hacer como músico. A pesar de su forma escolástica, no ofrece dificultad de ejecución, y lo más importante, no trasciende a música sabia que la distanciaría enormemente de la música popular dentro de la cual se encontraría como entremetida y extranjera, sino que tiene la fresca sencillez del canto melismático, accesible ya que no a todas las gentes sin excepción pues hay muchos incapaces de entonar el más sencillo diseño melódico, sí a cuantos cantadores y cantadoras de alto y bajo copete existen en Tabasco, y que son en verdad, digámoslo de una vez, quienes guardan, conservan y hacen perdurar el bello género a que en este artículo me refiero.

Otras muchas canciones, ya de anónimos autores, ya de conocidos, existen en Tabasco. (1)

Algunas de estas últimas las hemos visto alcanzar popularidad en menos de diez años: y es que el pueblo, guiado de su fino instinto, es un gran ecléctico y no se le puede dar gato por liebre. Reconoce en el acto lo que le pertenece de propiedad, y se lo adueña y adjudica al mismo tiempo que rechaza todo aquello que conceptúa de espurio, es decir, todo lo que en materia de arte ha sido forjado con elementos extraños a su psiquis y que por consiguiente no retrata la fisonomía moral de su raza.

(1) Entre las poesías del bardo macuspaneco don Pedro Santa-Anna, cuya vida tronchó inexorablemente la Parca cuando apenas apuntaban en él los albores de la juventud, encuentro una composición titulada *Todo se acaba*, que empieza:

YO VI UNA FLOR HERMOSA
UNA MAÑANA,
AROMADA Y GRACIOSA,
FRESCA Y LOZANA....

y a la cual, autor desconocido puso música hará poco más o menos treinta años. La canción resultante de este connubio, es denominada entre los cancionistas. *La flor hermosa*; y tanto se ha popularizado, que ya se canta aun fuera de Tabasco. Doy este dato, porque nadie sabe, con excepción de los que conocen las poesías de Santa-Anna, quién es el autor de los versos de *La flor hermosa*.



Por el Arte Popular Yucateco.

El Tuncuruchú. (1)

Si deseáis saber de augurios, de supersticiones, de antros mágicos y de todo linaje de hechicerías, preguntad por la lechuza, o evocad, a la audición de su graznido desapacible, un mundo de espeluznantes historietas que recogeríais en vuestra niñez de los labios de vuestra santa abuela, de vuestra nodriza, de vuestros pequeños camaradas, si de todos ellos y de otra mucha más gente lograsteis oír cuentos y consejos

La lechuza con el vampiro, el macho cabrío, el sapo y la escoba, jugaron importante papel en la magia negra o brujería del ciclo medioeval. Es eterogénea la asociación, verdad? Pero también aquellas artes inventadas, según fama, por el mismísimo demonio, no podían ser más complejas.

Las brujas concurrían al aquelarre montadas cuando no en una escoba que era su cabalgadura clásica, en un

(1) Tuncuruchú. (en Tabasco *tecolote* y en el Uruguay *ñacurutu*), significa en maya buho y no lechuza (*xoch*) como aparece en el presente artículo. Estaba yo mal informado y hasta hoy puedo rectificarme, para que el lector substituya la palabra lechuza con la de buho cada vez que la encuentre. Conste además, que cuanto aquí se dice de la lechuza, ideas supersticiosas inclusive, conviene ni más ni menos a su camarada el buho. I pues que sólo se trata de un artículo de arte, con esta advertencia basta, sin que por ello la Historia Natural sufra perjuicio ni menoscabo.

macho cabrío, en un sapo, en un vampiro o en una lechuza.

Y si bien los griegos consagraron ésta a Minerva, diosa de la Sabiduría, y los egipcios la perpetuaron en sus geroglíficos, otros simbolizaron con ella la más odiosa de las calamidades sociales: La tiranía

Como dato curioso quiero citar una *tragedia de magia y música* de que habla don Leandro Fernández de Moratín en su *Auto de fe*, escrita por un sobrino suyo, y en la cual actúa un acompañamiento de murciélagos, grajas, cernícalas, mochuelas y lechuzas; camaristas de una reina que también figura en ella.

La historia de la lechuza en lo tocante a creencias supersticiosas, ha sido, en suma, historia de terrores y espeluznos, y esto no ayer ni anteayer, sino en todos los tiempos y quizá en todos los pueblos.

Corre en Tabasco una narración popular, en la que se refiere con los tintes más horripilantes, que una bruja fué cierta noche, transformada en lechuza, a tomar venganza de no sé qué injuria recibida de una mujer habitante en barrio lejano. Entró a deshora en la casa enemiga, colándose por un ventanillo, y arremetió desde luego contra su antagonista con la intención ostensible de arrancarle los ojos.

Pero el extraño e inesperado ataque no puso miedo en el corazón de ésta, sino que antes le alentó y llenó de coraje para la defensa; y echando mano de un leño que chisporroteaba en el hogar, fuéle encima al avechuchu que al fin cayó vencido y con un ala fracturada. Asíóle entonces la vencedora, y con el mismo leño le quemó el pico, hasta achicharrársele.

Después, la tiró a la calle diciéndole tras una sarta de desvergüenzas:—Te acordaras de mí *toa* tu perra vida.—Al día siguiente cundió la noticia de que la famosa bruja se hallaba en estado de agonía, y corrió el vecindario a ver el horrible espectáculo que presentaba

la infeliz con el rostro carbonizado y un brazo roto. A las pocas horas murió presa de los más atroces dolores.

Esta narración, digna de la Edad Media, compendia y sintetiza lo que la lechuza es para la fantasía popular: un ave diabólica que no debe tomarse en serio como cualquiera otra ave común y corriente, porque a lo mejor resulta ser la metamorfosis de alguna bruja, si no del Diablo en persona que viaja por los aires en aquella figura, ejercitando venganzas, consumando pactos o cuando menos sembrando el terror entre las gentes, o acaso anunciándole a alguién el próximo fin de sus días.

Finalmente, lo ya dicho; Un ave fatídica, tétrica, satánica.

Ahora bien; preguntad al pueblo yucateco qué es y cómo conceptúa a la lechuza, y vereis cambiar la escena por completo, como si tras gigantescos nubarrones bituminosos se mostrara un girón de cielo azul.

Admiraos: para el pueblo yucateco, la lechuza o *tuncuruchú* no *grazna* sino *canta*; no la rodea una sombra que impone miedo, sino que está nimbada de luz como un paraninfo de ventura. No es un ave agorera sino un ave mensajera, y mensajera del amor.

Es el ángel del mal hecho el ángel del bien.

Lucifer hecho Luzbel.

Es más que todo eso: Es ave de amor.

Tuncuruchú del amor.....

Así le llama el poeta cantando las palabras con dulce melodía evocadora, que una segunda voz acompaña en terceras. Es un canto delicioso.

Oid el estribillo:

*Tuncuruchú, tuncuruchú,
tuncuruchú del amor,
ven a cantar y a despertar
a la dueña de mi corazón.*

El lirismo me encanta.

La imaginación del enamorado poeta ha volado con aquilinas alas por cima de todas las ideas infundidas; de todas las supersticiones heredadas, y no ha vacilado en apostatar de sus creencias, de las creencias de sus mayores; y todo lo ha hecho por el amor, por el divino amor que lo transfigura todo.

Al graznido lúgubre substituyó el canto de dulzura plácida; al ave siniestramente fatídica, el ave de venturosa dicha.

El amor transformó antaño los carrizos en flautas melodiosas, y á bestias indómitas en luminarias celestes irizadas de luz; y ahora consume la maravilla de hacer de la lechuza un ave de amor.

El *tuncuruchú* se pasa las noches en vela. Si está posado, se le ve quieto, triste, con la tristeza callada del que no tiene a quién confiar sus cuitas. A veces lanza quejas que siembran el terror entre los ramajes, quizá porque las avecillas de los ramajes interpretan las cosas que al *tuncuruchú* atañen como las interpretan los hombres de la tierra. Cuando vuela, sus alas parecen no rozar el aire; tenues, sutiles; como alas de mariposa; y así, quedamente, quedamente, se va, deslizándose, a una cita tal vez. Vuela, vuela, llega, da un grito que es una señal, y no es remoto que acuda un ave compañera, acaso su hembra bienamada, con quien se aleja por entre las sombras en busca de una torre o de un campanario en donde celebrar la fiesta suprema de la noche de boda.

El bardo popular, aparte la poética al par que extraña figuración de su copla, quizá tenga razón al llamar a la lechuza *tuncuruchú del amor*.

De todos modos; si ha sabido mejor que nadie comprender é interpretar la naturaleza, gran clarividente es. Si sólo ha sabido poner un poco de su luz interior que es poesía y que es belleza, en algo que en sí mismo no

es poético ni bello, artista es, y precisa confesar que de no pocos apaños.

Antes que él ¿a quién se le ocurrió ofrendar a la dueña de sus pensamientos con el *canto* de la lechuza? Más que esto aún: ¿quién pensó jamás en que esta ave pudiera ser nuncio o paraninfo del amor?

El delfín que el enamorado Neptuno envió a la hermosa Anfitrite para que con su elocuencia y diplomacia (porque era orador y diplomático todo en una pieza este peje ilustre), la convenciera y determinara a dar su mano al avasallado dueño y señor del imperio de los mares, como emisario en achaque de amores y como elemento poético queda, a mi ver, muy por debajo del alado emisario que me ocupa.

Lo que sí es cierto, que, tan natural y lógico parece que el dios tridenspotente enviara un delfín a la hechicera hija de Nereo, como que el bardo labriego envíe a su amada una lechuza.

Puesto en circunstancias análogas, un poeta culto ocurriría a la paloma mensajera, al canto de la alondra, al zuzorro de la brisa, al rayo de luna que al besar la frente de la dama dormida la despertaría... en fin, muy difícil es prever los recursos del arte y más aún los hallazgos de la creadora imaginación, pero tampoco podría faltarle la bandolina o el romántito laúd, o un silbido convencional, indiferente para todos los oídos que no fueran los de la avisada doncella.

Mas el poeta campesino no conoce la paloma mensajera ni la alondra; no podría desleir ni zutilizar el pensamiento sobre zuzorros ni rayos de luna; en sus manos pecadoras una bandolina o una guitarra serían instrumentos inútiles, y en cuanto a silbar, no silba porque no sabe o porque teme a la indiscreción de los perros.

La ficción del *tuncuruchí* es, pues, signo probatorio del origen *folk-lórico* de ese originalísimo y bello cantar, sea quien fuere su autor. Y por cuanto a su proce-

dencia yucateca, su misma denominación la acusa, afirmandola además quienes le atribuyen por autor un músico natural de esta península.

No poseo los datos necesarios, pero me propongo hablar de ello cuando logre obtenerlos.

Quede sentado, mientras tanto, que el *Tuncuruchí* es uno de los cantos más bellos de nuestro *Folk-lore* regional, y merece ocupar sitio escogido entre el *Jarabe*, (el de Tabasco), el *Asitoy* y el *Curripipi*, el *Parreño*, el *Carpintero*, los *Aguinaldos* y las *Golondrinas* que son obras bellas entre las bellas del Arte Popular Mejicano.

La Revista Peninsular Octubre, de 1,912

